
Los liberales frente al mundo novohispano

José Joaquín Blanco

1

Es lugar común culpar a los liberales mexicanos de la destrucción del patrimonio cultural novohispano. Esta culpa se escenifica instantáneamente con el derrumbe de los grandes conventos que los liberales ordenaron cercenar o demoler por completo, para abrir calles y reanimar las obras urbanísticas, ahora enfocadas hacia el estado, la vivienda, el comercio, los bancos, los negocios, los restaurantes, los hoteles, los bares, los almacenes, las escuelas, los cuarteles, los baños, los teatros, los casinos, los cines: en fin, los nuevos establecimientos que ocuparon los antiguos predios religiosos.

Se habla incluso de una campaña de un siglo, o de siglo y medio (hasta la fecha) por parte de los liberales (incluyendo ya en esta nómina a los revolucionarios y postrevolucionarios del PRI, a los nuevos capitalistas porfirianos y contemporáneos, y a los “neoliberales” actuales). Un tesoro de belleza y de sabiduría ancestrales víctima de hordas de destructores modernos.

Esta opinión resulta exagerada con frecuencia, e incluso mentirosa. Tal cornucopia iconográfica o bibliográfica se presenta a ratos incluso ilusoria: hay pinturas, grabados y documentos hermoeados o mentirosos. En algún mapa o panorama de la Plaza Mayor aparece la catedral terminada muchas décadas antes de que lo fuese

en realidad, y coronada de una torre enorme y solitaria que nunca tuvo.

Infinidad de cédulas y bandos bienintencionados o filantrópicos “se acataron, pero no se cumplieron”, como los que atañeron a la educación de los indios (que apenas duró unas décadas a mediados del siglo XVI) o a su protección legal. El llanto por la destrucción de “obras nobles” como el Colegio de Niñas y el de San Juan de Letrán, por ejemplo, derrama lágrimas falsas, toda vez que sólo por breve tiempo cumplieron su función original.

En las litografías costumbristas vemos escenas de monumentos de los que se ha borrado, censurado, la gente menesterosa y el medio insalubre que siempre los rodeó. En su sitio no se veían tan bonitos ni tan artísticos como en las litografías.

Las innumerables biografías de religiosos y religiosas, que parecían una Babel de santidades, han descornado su velo, después de siglos de estudio, y mostrado todo tipo de manías y mezquindades, como las que caracterizaron a los prelados protagonistas del drama de sor Juana.

El registro del patrimonio novohispano debe pues prescindir de una autocomplaciente, idealizada visión de una cornucopia de perfectas virtudes eternas. Los novohispanos se enorgullecían de algunos de sus logros, pero no los consideraron eternos.

Continuamente derribaban lo que construían,

por codicia de mejorarlo, o por interés económico y político. En un mismo siglo se modificaban sin mayor pudor tres o cuatro veces los mismos monumentos. Eran buenos para destejer las mismas telas que habían tejido.

Aprovechando que la ciudad de México resultaba muy inestable, sujeta a temblores, inundaciones, incendios, epidemias, motines, carestías, cada uno de los siglos coloniales usaba de la picota con el anterior. Poco quedaba de las construcciones "como fortalezas" de los primeros conquistadores y colonizadores de la ciudad de México a fines del propio siglo XVI.

El siglo XVIII se esmeró por deshacerse de cuanto barroquismo le había legado el XVII, en busca de monumentos más modernos, neoclásicos o rococós.

La historia de las varias construcciones de la Catedral y de la Basílica de Guadalupe sirven de ejemplo de esta conducta generalizada.

Y nada nos hace suponer que, de haberse conservado el país bajo la corona española en el XIX, como Cuba, los españoles y criollos decimonónicos hubiesen actuado de manera diferente a la de los liberales: Habrían vuelto a reformar, tirando lo que fuese necesario, sus monumentos, en busca de construcciones más modernas, útiles y prácticas. Y cada vez más ostentosas y parecidas a las que estuvieran de moda en Europa. Tanto el Colegio de Minería, del XVIII, como el Palacio de Bellas Artes, de principios del XX, soñaban con París. Luego se empezó a soñar con Nueva York, Los Ángeles y Houston: los rascacielos, los periféricos. Hay lógica y continuidad en el proceso.

En gran medida, como han señalado varios historiadores, los liberales no hicieron sino proseguir (extremándolas en situaciones críticas, como durante la Reforma), la modernización borbónica. Los reyes borbónicos estaban ya pensando en calles más anchas y en una ciudad menos levítica, más comercial, incluso industrial y bancaria. En consecuencia, los novohispanos nunca buscaron una cultura inmutable y eterna; su sociedad, como sus monumentos, transcurría, cambiaba; derribaban antiguallas y las reemplazaban por modernidades.

No pertenecía a la mentalidad anterior al nacionalismo revolucionario, al patriotismo de es-

tado de la Revolución mexicana, la idolatría contemporánea, romántica, a los ídolos del pasado.

Para los reyes borbónicos y para los novohispanos empezó a parecer excesiva la presencia religiosa en la ciudad: conventos que se llevaban manzanas, precisamente en los terrenos más céntricos y caros.

Un virrey don Porfirio habría encontrado de utilidad pública, nuevo Revilla Gigedo, tirar dos o tres conventos ya ruinosos, hundidos, quebrados, con apenas treinta o cuarenta monjes apollados en su vastedad inmobiliaria, para establecer relumbrantes edificios de ministerios, correos, bellas artes, escuelas de ingeniería, derecho y medicina; escuelas elementales y medias, bancos, almacenes, vecindades... y gran auge monetario durante las subastas de estos predios.

Esto con relación a los edificios tan llorados. Pero si nos ocupamos de la historia de documentos, obras de arte, libros, antigüedades indígenas, encontraremos que tampoco caracterizó a los novohispanos un exclusivismo patriótico.

No había museos. Las escasas bibliotecas conventuales morían en el polvo. *Un solo* bibliotecario por turno atendía en los mejores momentos del siglo XVIII a *todos* los lectores de la biblioteca de la "grandiosa" universidad. Grandes obras de la historiografía colonial permanecieron inéditas y extraviadas. Ningún novohispano se interesó por su dramaturgo Juan Ruiz de Alarcón.

Los documentos más importantes se olvidaban o se perdían; si encontraban quien se interesase por ellos, se podía comprarlos y venderlos libremente (como las colecciones que tuvieron Ixtlixóchitl y Sigüenza), y hasta se permitía su exportación, como se demuestra en el permiso real que obtuvo Boturini de que se le enviara a España su "museo" de antigüedades, que permaneció arrumbado en un cuarto de trebejos del Palacio. No existía un criterio de conservación a ultranza de iglesias, edificios, monumentos, documentos. Cuando perdían interés o dejaban de cumplir su función, se les olvidaba o destruía.

Desde la época de la expulsión de los jesuitas, al menos, se lanzaban enteras las bibliotecas a la calle, con el fin de que su papel sirviera para fabricar cartuchos de pólvora, cohetes o envolturas. Desde el virrey Croix se encontró que el ma-

por servicio moderno, y a ratos, que los sublimes conventos podían ofrecer, era el de reducirse a cuarteles: la escuela de San Ildefonso echó los libros a la calle y se llenó de tropas y caballos. Esto en el pleno resplandor virreinal del siglo XVIII.

Durante las guerras de Independencia ambos bandos echaron manos a las bibliotecas y los archivos en busca de papel barato para sus cartuchos. Cuando Eguiara y Beristáin se propusieron componer nóminas bibliográficas de la actividad editorial novohispana se toparon con muchas dificultades para localizar tales obras, de las que muchas veces sólo dan referencias vagas. Ni se leían ni se conservaban con mayor interés.

La cultura novohispana no se pretendía atemporal, ni mucho menos eterna, sino cotidiana. Servía al día a sus personajes vivos. Los conventos hundidos y quebrados más valía derribarlos sin muchos aspavientos. Los palacios nuevos asombraban.

El panorama que nos ofrece Lizardi de la ciudad de México (y del país) es menos museográfico que civilmente desolador. Escasa atención a las viviendas, a los talleres, a las calles, a la basura, a los mercados... e incluso a las iglesias.

Abundan testimonios de templos y conventos que desaparecieron en la propia época virreinal sencillamente porque ya no cumplían su cometido; habían sufrido los embates del tiempo, las inundaciones, los incendios y los temblores, o no habían encontrado piadosos financieros privados que los mantuvieran en pie. Porque alguien debía sostener los costos de tanta arquitectura eclesiástica. Y los ricos del siglo XVIII ya no eran *tan* piadosos. Ni el gobierno (español o mexicano, conservador o liberal) iba a encargarse de tan gravoso y poco práctico financiamiento.

Sin desconocer que en el cumplimiento de las leyes reformistas de desamortización privaron la pasión política, la corrupción, la precipitación y el descuido, debe advertirse una lógica histórica en la especulación de terrenos, en la sustitución de obras viejas o caducas (o consideradas así) por novedades y en la importancia de los factores materiales: valor de predios, necesidades del erario, del urbanismo, de los negocios, de la creciente población y de la higiene.

Desde los primeros tiempos del virreinato hubo conflictos (a ratos violentos) entre los religiosos y el virrey, los religiosos y el cabildo, los religiosos y los vecinos, a propósito de las inmoderadas pretensiones de cada convento o templo monumentales. Siempre querían ser más grandes, invadiendo a los vecinos, e incluso secuestrando calles y canales públicos; cada vez más caros, cada vez más imponentes, cada vez más necesitados de benefactores multimillonarios y de gravámenes a sus feligreses.

En este contexto, la situación de los liberales frente a su pasado novohispano resultó ambigua. Por una parte, constituía su raíz patriótica, con mucha mayor fuerza que los monumentos prehispánicos que fueron apareciendo; por la otra, se erigía como su mayor obstáculo para la modernización y la capitalización del país.

Los conventones ya no eran rentables: los liberales escogieron entonces los más excesivos o peor conservados para abrir paso a la ciudad moderna, y al mismo tiempo, a una nueva clase de capitalistas modernos (ellos mismos) que iniciaron sus fortunas con esas obras inmobiliarias: hoteles, edificios, restaurantes, bodegas, vecindades, casas habitación, donde dormitaban los conventos inmensos.

Sin embargo, dejaron bastantes en pie, de cualquier manera, si consideramos los que permanecían en la ciudad a finales del porfiriato. La modernización del siglo XX fue más veloz y severa, como en muchas otras ciudades de Europa.

2

Víctor Hugo decía que el romanticismo “es el liberalismo en literatura”. Eso significa sobre todo el canto al pasado. Los futuristas liberales del progreso cantan sobre todo al pasado sin progreso: *La leyenda de los siglos, Nuestra Señora de París...*

De ahí que muchos liberales se dedicaran a cantar al *México viejo*, como tituló Luis González Obregón su mayor obra de rescate literario de la Nueva España. Prácticamente no hubo liberal escritor o periodista que no cantara, idealizara,

ensoñara por mil caminos diferentes la época virreinal, a partir de los ejemplos, ciertamente muy superiores, de las *Escenas matritenses* de Ramón de Mesonero Romanos (1803-1882) y de las *Tradiciones peruanas* de Ricardo Palma (1833-1919).

Con Vicente Riva Palacio a la cabeza, con Joaquín García Icazbalceta y Orozco y Berra como historiadores, con Luis González Obregón como cronista culto y José María Marroquí como cronista callejero, con Juan de Dios Peza como poeta y Francisco Sosa como biógrafo, puede afirmarse que no existe narrador, ensayista o periodista mexicano, especialmente si era liberal (esto es, "patriota") sin su tarea de recobrar la leyenda, la atmósfera, el lujo, el misterio, e incluso el humor y las supersticiones e ingenuidades del pasado novohispano. Se creaban con él la Edad Media de Víctor Hugo, "emperador de la barba florida", que la nación requería como imagen de su pasado.

Muchos de los títulos de las últimas décadas del siglo XIX aluden a la Nueva España, y se coronan en 1910, año del centenario, con el reivindicador estudio sorjuanista *Juana de Asbaje* de Amado Nervo. Ya Rodríguez Galván, precursor romántico, paseaba en sueños en la ciudad de los virreyes. Y lo mismo Carlos María de Bustamente que Lucas Alamán, aunque con signos ideológicos diferentes, dedicaron a las antigüedades novohispanas tanto interés como a las querellas políticas y militares de su época.

Los criollos idealizaron en el siglo XVII su país como una cornucopia material y un imperio celestial. Se creían más ricos que China y más queridos por la Virgen que Roma. Pero la idealización nostálgica, el canto por el bien perdido, es liberal-romántica.

La idolatría a la colonia es tan liberal que se incrementó sobre todo con los golpes al orgullo nacional de la invasión norteamericana, del imperio de Maximiliano y de la guerra de Estados Unidos contra España. A cada derrota, nueva andanada de crónicas, leyendas, tradiciones, historias, biografías, discursos, estudios, poemas novohispanos... De no haber ocurrido tanta derrota militar y política en el siglo XIX, no se habría producido tanta literatura colonialista.

Una nostalgia ciertamente irónica, pues abundaba en su recuperación del pasado novohispano cierto disfrute a lo tétrico del Santo Oficio, cierta maledicencia contra tanta castidad reglamentaria, cierto hartazgo y despiporre sobre las supersticiones bobas, como aquella de la pobre monja a quien visitaba en su celda el Crucificado, con llagas y todo; y después de sus sublimes coloquios, cuando el Redentor debía salir al sereno, la monja lo cubría prudentemente con un rebozo para que no le fuera a dar una tremenda gripe conventual: El Santo Cristo del Rebozo... Y su milagro: que Cristo no cogió la gripe en ese gélido convento.

No hubo pues tal negación de la Nueva España entre los liberales, aunque a ratos su frenesí romántico también se dirigiese a la nostalgia azteca. Heredaron un mundo viejo y les tocó en misión modernizarse. Derribarón conventos y a la vez compusieron poemas, obras de teatro, crónicas, historias, biografías, bibliografías, novelas, cuentos de asunto novohispano.

Dejaron su temblor romántico en su rescate del patrimonio novohispano. Su gusto por lo macabro. El deleite anticlerical de las escenas clericales. La admiración por su suntuosidad y (en comparación con el siglo XIX) relativa paz general (aunque en lo particular y lo regional, el virreinato siempre fue muy violento: los caminos eran monopolio de asaltantes y las provincias de sus caciques numerosos).

Decidieron mirar hacia el progreso, pero sin dejar de voltear a cada rato, incorregibles estatuas de sal, hacia el estanque novohispano.

De la Nueva España sabemos en gran parte lo que recuperaron ellos, los liberales; y todavía (pese a las múltiples investigaciones e interpretaciones del siglo XX) seguimos mirando al virreinato desde sus ojos ambiguos en obras como *México a través de los siglos*, que sigue siendo la fuente más importante y generalizada.

Sabían que querían otra cosa: el modo de vida moderno de Occidente; pero lo ambicionaron con dolor y sentido de quiebra y ruptura.

Como se confundió, en los enfrentamientos políticos e ideológicos, la religión y el clericalismo con el tiempo novohispano, en algunos casos predominó la pasión política, el jacobinismo rojo. No en la mayoría. El propio Benito Juárez, tan

impasible según su efigie de bronce, dudaba y dudaba ante cada nueva ley anticlerical que *se veía obligado* a promulgar, ante la intransigencia peligrosa y armada del clero político de su tiempo.

La mala conciencia de avanzar atropellando el pasado es visible en todas las generaciones de liberales del siglo XIX. En literatura fue una verdadera obsesión: proclamaban “¡Vivan los ferrocarriles! ¡Orden y Progreso!”; y en seguida se ponían a rastrear la referencia más nimia, el detalle más peregrino de la historia de tal calle, de tal casa, de tal personaje.

Se les quedó la Nueva España en el alma, y así la heredaron a algunos de sus sucesores del siglo XX: Luis González Obregón, Genaro Estrada, Manuel Toussaint, Alfonso Méndez Plancarte, Artemio de Valle Arizpe, Edmundo O’ Gorman, Silvio Zavala, Francisco de la Maza, Julio Jiménez Rueda, etcétera.

Todavía ahora, en el siglo XXI, escuchamos en el internet llantos por tales o cuales “conventos suprimidos”, por los viejos y chuscos nombres no de calles, sino de cuadras (el Indio Triste, el Puente Quebrado), por huesos desaparecidos...

Quedó como una pasión nacional obsesiva, que no se encuentra en las ciudades europeas que se han modernizado cómodamente, respetando sólo los mayores entre los múltiples monumentos del pasado.

La nostalgia mexicana por mundos idos, el novohispano o el indígena, que nos vuelve una nación abundante en ruinas, donde cada piedra es desconsideradamente historia. “Todo es historia”... siempre que haya desaparecido o esté en ruinas. Qué fastidio ir a misa a San Hipólito.

Esta pasión romántica no caracterizó a los novohispanos: es liberal, y ha resultado más intensa y obsesiva muchas veces que los meros monumentos idílicos desaparecidos, o los muy aburridos que perduran. Pues algo que perdura atenta contra su aura, su leyenda, sus fantasmas. Ya no es *tan* romántico...

Los liberales nos legaron una Nueva España de fantasmas. La superstición ambivalente de un paraíso perdido que se confunde con cierto rencor a una edad de las tinieblas o de la crueldad encomendera e inquisitorial. Curiosamente, en algunos novohispanos (científicos, mine-

ros, filósofos, escritores, periodistas) se observa, desde los albores mismos del virreinato, una codicia por el pensamiento moderno, por las técnicas, ciencias y negocios avanzados de otras naciones europeas.

Ciertos franciscanos, como el obispo Zumárraga, se vieron sospechosos de erasmismo, que tanto valía como protestantismo luterano; Carlos de Sigüenza y Góngora buscaba una astronomía moderna; ya en el siglo XVIII, especialmente entre los jesuitas, fueron legión quienes protestaron contra la escolástica estancada y palabrera y lucharon por una filosofía moderna, aunque sin abandonar la ortodoxia católica, al modo del *Teatro crítico* de Feijoo, y pensadores-científicos-inventores ya muy parecidos al ideal liberal, como Bartolache y Alzate.

La Independencia, la República y el Liberalismo añadieron sólo, por desgracia, una extrema violencia, acaso innecesaria, a un proceso de cambios naturales en la mentalidad de la sociedad novohispana-mexicana. Sigue asombrando esa violencia. Pero no los ideales y ambiciones de modernidad que estuvieron presentes en el pensamiento novohispano; ni la mirada familiar, frecuentemente entrañable, con que los liberales más encendidos de la Reforma contemplaban su pasado cultural, que era de hecho su presente histórico, pues vivían en una sociedad que no cambiaba con la prisa que ellos deseaban, que seguía en sus ciudades conventuales, en su trato social, en las labores del campo, en las prácticas y la conciencia religiosa, profundamente atada al tiempo virreinal.

Algunos novohispanos, como Sigüenza, Alzate o Clavijero, parecen a ratos liberales anticipados; algunos liberales, como Prieto, Altamirano o Riva Palacio, revelan por momentos la identidad criolla. Aquéllos querían una modernidad como la que sabían estaba desarrollándose en Francia, Inglaterra, Alemania: las máquinas, los experimentos, las libertades de pensamiento, ciertos rasgos de democracia (que les atrajeron líos con arzobispos y virreyes). Éstos no podían ni querían prescindir del mundo novohispano, y mezclan en su perfil de *philosophes* o políticos modernos efusivos rasgos de frailes misioneros y de predicadores guadalupanos.

Esta ambigüedad perdura en el siglo XX, y asomará en el XXI. Señala la diferencia del pensamiento moderno mexicano (finalmente bastante parecido a otros países latinoamericanos cargados de un sólido pasado colonial, como Perú) con respecto a la manera eurocentrista o norteamericana de ver el presente. No hubo tal ruptura —a pesar de episodios violentos— liberal con el mundo novohispano, sino una mezcla de ambos, a ratos conflictiva.

En el pensamiento social se ha dado incluso el caso de la recuperación del pensamiento de los primeros frailes misioneros con respecto a los indios por parte de políticos, antropólogos, periodistas e incluso de una parte importante de la opinión pública. Algunos poetas y literatos han buscado equivalencias entre los mayores delirios de la poesía barroca (Sandoval Zapata, Sor Juana) y las vanguardias del siglo XX, como el surrealismo. Normas coloniales o “usos y costumbres” aceptados o establecidos en la Nueva España asoman, se empalman o entran en conflicto con el “derecho positivo” de nuestra Constitución liberal.

A la distancia, ambas corrientes parecen unirse en un devenir plural, en lugar de separarse como antagónicas (con una vencedora y una vencida), según se ha querido verlas durante siglo y medio. Tal antagonismo (tal victoria, tal derrota) sólo aparece en los momentos históricos de violencia extrema. En la práctica cultural y en la vida social se trata de una suma (a ratos suma de elementos dispares o conflictivos), de un flujo acumulado y permanente en el que funcionan poco las divisiones tajantes, las fechas de terminación de un proceso y principio de otro. Un flujo acumulado todavía no debidamente asimilado.

La modernización emprendida por los liberales (y que ya se ve desde los criollos ilustrados) incluyó mucho más de lo que suponía del mundo novohispano, y en ese sentido lo dotó de un impulso nuevo, como su romantización, su nostalgia, su sueño de un reino perdido pero todavía flotante, sus terrores ante un pensamiento supersticioso y arcaico. En cierto sentido, todos los mexicanos hemos sido liberales desde (al menos) mediados del siglo XVIII, y ninguna de esas múltiples generaciones liberales ha logrado des-

prenderse del mundo virreinal, que reaparece y se recicla a cada nueva modernización.

Podría hablarse incluso de una continua recuperación de la historia y la cultura coloniales desde los primeros tiempos de la Independencia (con Bustamante y Alamán); luego, con la generación de *México a través de los siglos* y de diversos historiadores y literatos porfirianos (Francisco del Paso y Troncoso, Joaquín García Icazbalceta, Luis González Obregón), y en los años posteriores a la Revolución mexicana (Genaro Estrada, Manuel Toussaint, Artemio de Valle-Arizpe); a partir de los años cuarenta ese rescate se depura con Alfonso Méndez Plancarte, Silvio Zavala, Edmundo O’Gorman, Francisco de la Maza y varios americanistas europeos (Robert Ricard).

En la segunda mitad del siglo XX, se volvió a cuestionar toda la historia colonial, y se estudiaron, descubrieron, editaron y corrigieron fuentes coloniales que a los novohispanos importaron poco, o que desconocieron por completo. El esfuerzo moderno, liberal (aun o sobre todo en el caso de los liberales-conservadores) de recuperación del mundo novohispano, ha sido desde la Independencia, pero sobre todo en el siglo XX, mucho más vasto y acentuado que los episodios de violencia contra sus monumentos o bastiones. Una de las características esenciales del liberalismo mexicano ha sido precisamente la obsesión nacionalista por su pasado, y sobre todo el virreinal.

Un detalle curioso, que lo mismo se encuentra en México y en el Perú. Tanto los conservadores como los liberales se dieron a la tarea literaria e historiográfica de recobrar el pasado colonial. Pero mientras aquéllos, los conservadores (tanto del siglo XIX como del XX), lo hacen obsesionados por una reivindicación clerical, política e incluso racial, en busca de una utopía extravagante de paz, cristianismo, civilidad, buenas costumbres, protección divina, lujo y esplendor, y con ello hunden sus obras bajo el peso de su obsesión, los liberales (especialmente Palma, Riva Palacio, González Obregón, Estrada) acuden a cierto sentido del humor voltaireano y a un romanticismo pintoresco. Resultan más amenas, más logradas como literatura moderna y más cercanas al lector común las obras novohispanas de los liberales. Aunque la Iglesia haya puesto er

Index las *Tradiciones peruanas* de Palma, por irreverentes y voltaireanas, constituyen el mayor homenaje hispanoamericano moderno a la sociedad virreinal.

Un detalle mexicano. Como en el Perú, al surgir en México el movimiento independentista, no escasearon los “ultras” a quienes parecía insuficiente separarse de España: era necesario negarla, abolirla por completo en estas tierras. Se acuñó muy temprano (desde nuestra Constitución de 1824) la extravagancia ideológica de afirmar que México recuperaba su libertad, sustraída por los españoles desde 1521 a 1821, y se retomaba el hilo autóctono precisamente donde lo habían dejado suspenso las muertes de Moctezuma, Cuitláhuac y Cuauhtémoc. Fue precisamente Riva Palacio, el liberal “rojo”, en *México a través de los siglos*, quien con mayor prontitud y eficiencia desmintió ese mito. Quedaba mucha población indígena en México, pero ya no los pueblos ni naciones (*v. gr.* aztecas, tezcocanos) de 1521: incluso los indios habían cambiado radicalmente con la presencia española. La matriz nacional no debía buscarse en los tiempos prehispánicos (en cuya sucesión los aztecas apenas ocuparon dos siglos), sino en los tres siglos del virreinato: ahí, en la Nueva España, se había fraguado la identidad nacional, declaraba el pensador liberal.

Bien leído, el reporte liberal novohispano de *México a través de los siglos* representa no una condena, sino un profuso homenaje al virreinato

y a la civilización española en América, en mucha mayor medida que se rinde un vago culto a las civilizaciones indígenas antiguas. Salvo aspectos precisos como el despotismo, el Santo Oficio, el clericalismo, el oscurantismo, el panorama general que se rescata del virreinato es ya el del México moderno, al que no queda sino ponerlo al día con los avances del siglo XIX en asuntos políticos (democracia, derechos humanos) e industriales.

Desde los inicios del México independiente (fray Servando, Bustamante, Alamán, Rodríguez Galván, Prieto) aparece una corriente no interrumpida de recuperación y añoranza de la Nueva España por parte del pensamiento liberal. Ocurre incluso que autores “conservadores”, como Alamán, piensan en términos modernos, liberales, sobre ello, y desarrollan un discurso parecido al de sus enemigos de partido, salvo en los asuntos concretos de la política post-independentista (fueros, centralismo, proyectos monárquicos).

Los liberales, en suma, dedicaron buena parte de sus esfuerzos a salvar la memoria novohispana, a pesar de las escandalosas escenas de derrumbes de algunos conventos, a final de cuentas motivadas (más que por ideología alguna) por la codicia personal de los poderosos en turno y por los nuevos intereses de la nueva sociedad del siglo XIX, que necesitaba usar de otra manera algunos inmuebles o predios heredados de la colonia.



Bautizo del señor de Tezcoco y su familia. Gregorio José de Lara, *ca.* 1755. Bautisterio del templo de Santa María Tonantzintla. Estado de Puebla.